

santiago bullrich

oda telegráfica a
tenochtitlán

buenos aires
1957

I
El génesis

Es propiedad. Se ha hecho el depósito que previene la ley 11.723.

En homenaje al pueblo de Guatemala.

Buenos Aires
1954-1956.

Repetiendo como loro del burgo real, un juglar anónimo quisiera reconstruir microscópicamente el curso de un pueblo legendario, en una región para él ignota, quizás por eso más atractiva. Aunque a veces, es cierto, los atajos conducen hacia lodazales. De ahí la cantidad de cadáveres, confiados seguidores de un guía tuerto, sobre un cortísimo aunque aparentemente secular camino.

Pero, por qué tanto temor, de no recordar, de equivocarme, si pluma en mano, a la oscuridad de un candil insuficiente que revive el frío húmedo de un cuarto retirado en el monasterio colonial, parezco vivir otra vez los años de aquel pueblo que yace en los campos agrietados de su tierra.

Retumban los tambores en el vasto continente. ¿Origen?: desconocido. El sonido se desliza hasta las tierras semiáridas del Río Bravo en busca de transhumantes campesinos. Siguiendo luego su empuje circular, el viento conduce el ritmo con creciente vigor; será sin duda por la compleja convexidad de varios discos de oro que aumentan correlativamente el hueco, opaco, tumbo de otros tantos troncos caídos, ya que ahora sí invade con aspereza coleóptera los lugares del Orinoco barroso y agotando su rumbo sobre una chatísima extensión, se pierde hasta hoy en los ulteriores límites de un río dulce.

Insistente murmullo de mosquitos excesivos. Continúa el mensaje

telegráfico, entonces incomprendido a causa de luchas fraternales. Me parece oírlo nuevamente como un eco del cataclismo de tantas cortantes bayonetas y mecánicos rugidos, arrojados sobre fronteras verdes. Solamente trato de repetir las palabras ciego y sordo culpa de mi vejez. Con todo, el recuerdo da joven elasticidad a mis arterias y mi pulso tembloroso se afirma como la mano de un guerrero infalible con sus armas primitivas, por eso mismo más exigentes de precisión.

Se alinean, gritan las voces resurgidas de la tierra. Respiran sobre los campos de las batallas perdidas y las victorias cantadas por todas las generaciones desde el principio de la vida. Se ordena que desciendan las lanzas. Listos a dar su vida, unidos por el lazo del suelo común, están los semidioses resurrectos; las tribus de Tupac Amarú y de Arauco, de Calfucurá, de Huáscar y de Xicutencal. A la vanguardia de un ejército de fantasmas, los cien mil guerreros de Tenochtitlán. Vuelan en torno buitres menos feroces que los gangosos invasores. Los buitres se arrojan sobre los restos de cuerpos endulzados.

Aún hoy lloran los sauces sobre ríos secos de lágrimas. Florecen rojos los ceibos una vez al año. Se tiñen los ríos de arcilla empapada en sangre apenas coagulada. Este es mi mensaje.

Después de un recorrido irregular, se esboza, en el lugar donde las costas casi llegan a tocarse, un vértice incompleto, comienzo y fin, suspensión, al menos, del espejo horizontal marino. Como la rajadura que produjera una estría sobre el vidrio de una mujer caída sobre asfalto, aumentando, por su tamaño sin medida, una correspondiente prolongación de la mala suerte.

Junto al vértice, enroscada espiralmente y digiriendo bajo el calor del sol a su víctima, descansa, protegida en sombras, la serpiente de plumas. El silencio natural de la noche, interrumpido, aumentado por algún tardío pájaro impuntual que vuela guiado por estrellas, o por los cantos de grillos insomnes, verdes, que arrullan y arrullan. Todo está quieto.

Inmóviles, duermen las hojas formando con sus penachos barreras infranqueables. Madreselvas se recuestan sobre los troncos, lianas, telarañas vegetales, son sogas hindúes de un mercader del misterio, cáñamo incomprensiblemente suspendido de la mano de Dios. Ahora, ni siquiera se escucha el murmullo natural de la selva que vive interiormente tranquila, dispuesta a desembrollar contemplativamente los caminos en madeja que llevan a la luz. Sorprendida por un escultor olvidado, queda meditando graníticamente.

Tal, la selva quedó inmóvil. Con idéntico magnetismo, atrae su virginidad.

El deseo del hombre pone un machete en su mano. Inicia su ascenso el protagonista trágico de un castillo tenebroso y gris hacia la vida o la muerte. Gira, sobre su centro individual y universal, la serpiente de plumas. Trinan los pájaros prudentemente ocultos en el ramaje. El movimiento perezoso y lento del curiosísimo cuerpo —acariciable a no ser por el temor de lo nuevo— sigue en espiral cada vez más rápida. Las plumas que cubren su cuerpo y su cabeza son discos de pulidos metales imbricados hasta la creación de colores nuevos casi caleidoscópicamente variables. Gira, gira en torno al sol un universo inexplicablemente ordenado, por eso mismo caótico. Opacos cometas relampagueantes. Todo el mundo da vueltas y vueltas.

Acomodando ópticamente desorbitados ojos, vislumbramos a través de cristales incoloros, un picaflor movedizo, dibujada entre ombúes pampeanos por el naturalista rubio. Nunca descansa en sus rapidísimos trazos elípticos alrededor de la inflorescencia hipnótica que brilla en las huertas de un cacique azteca. Con su piquito incisivo corta los rígidos estambres cargados por una previa abstinencia (que exagera la de por sí asegurada fecundidad de los valientes guerreros). Todo aquello ocurrió ciertamente, según cuentan en el mercado, que fue luego escenario de un crimen más atroz aún que los registrados en el anuario de un bosquecillo de fresnos.

Pero me apresuro, si tal es el fin y no comenzó todavía la historia. Sólo después de azarosa marcha —desde un pueblo isleño muy lejano donde supondré empezó la historia o donde, por lo menos, se manifestó en su forma laberíntica— a través de peñascos altísimos, de olvidados mares, por fin, como en un génesis, vieron —entre arrugas de una alfombra hecha así para acomodar soldados de plomo en un cuarto de chicos— el valle de Tenochtitlán.

Al mismo tiempo, descendió el águila hasta los pies de aquel que conducía las gentes y aprisionó unas matas desdibujadas en posteriores interpretaciones hasta hacerse ponzoñosas. Interrogados los augures, respondieron que aquél era un signo favorable.

II

El retorno de Quetzalcoatl

El palacio de Moctezuma se levanta en medio del lago de Tezcucó.

Es el centro de un sistema solar del cual, por un excesivo movimiento, también por el enfriamiento paulatino de masas previamente gaseosas, se hubieran desprendido más o menos incongruentemente algunos trozos, pero con una maravillosa simetría concéntrica que hiciera imposible una superposición catastrófica de planetas.

Aparecen distribuidas, en torno al teocalli de Quetzalcoatl, las aldeas occidentales de Chapultepec y Xochimilco. Al sur, la marítima y adorable Iztalpalapán, donde se izan los rengos flamencos, mendigos rosados. Palafíticas moradas de la aldea iridisada del lago de Tezcucó. Luego, más pequeños, Teotihuacán, Chalco y Zapapán. Los sacerdotes reunidos, con un método tan sencillo como una matemática relatividad para mí incomprensible, con mayor éxito, escudriñan el horizonte y el cielo que conocen. Luego, preocupados, consultan los jeroglíficos de nuestra ignorancia. Con ellos descubren la clara interpretación de sus augurios. Sobre la ajustada maceta se yergue una rosa blanca al pie de Huitzilopochtli. La sangre de las víctimas riega y da vida a la rosa blanca. Su tallo verdoso se inclina por el peso de la corola entreabierta, que refleja el cielo con un color que es casi la ausencia. Al pie de hilos de sangre —lloren los hermanos las heridas recíprocas— que caen coteando cálidos de vida sobre el terrón, una flor se alimenta. De

pronto, el grito angustioso de una arteria fundamental abierta por una aguda piedra, autoriza un ancho cauce a la sangre que mana en torrentes, con un ruido molesto.

Entre gritos y llantos, volcánicos, torrenciales cursos incoagulables de sangre
sangre

sangre

¡Detenéos! . . .

(Silencio).

Silencio acoge el pensamiento de los pontífices. Vuelven sus rostros hacia la rosa que ha mudado el color. La rosa blanca está negra. ¡Oh! la rosa del mundo está negra, negra de sangre coagulada. Moctezuma enfurecido encerró a sus augures en cuevas montañosas. Pero los presagios continuaron, insistentes, presagios que auguran el desastre.

Llega la noche y cubre, con la niebla que se levanta del lago, la ciudad de Méjico.

¡Santiago y a ellos! comienza a atravesar encrespadas ondamares, Flamean, en los mástiles de esqueletos flotantes, banderas opacas que desconciertan a algunos solitarios lugareños plácidamente recostados sobre las peñas admirando el mar, que se extiende hacia el infinito lugar de brumas. Un grito que todavía hoy estremece de espanto a los nativos, ya mestizos, como si su sangre muriera con la evocación de "La Guerra".

Se ha visto castillos nadar al acecho, en un desfile misterioso, en torno al golfo peninsular, guiados por un frondoso peso de álamos geográficos, hacia nuevas tierras. Sombras. Se deslizan gatos salvajes entre juncos que cubren riberas del río Albagris. Caen los primeros indios, tumbados por el camaleónico pseudodiós que retorna para establecer —según sus palabras— el reinado de paz y alegría, la espada negra teñida con agrio sudor. Mas luego quedaron los dichos indios por nuestros amigos y por vasallos de vuestros altezas.

Se balbucean, con reverencia, las sílabas de un nombre sol: Muc-tezuma, Mutecuzoma. Luego, y ahora, armados, cubiertos por un metal fúlgido de pies a cabeza, monstruos montados en una suerte de animales casi prehistóricos por su invulnerabilidad, saurios de frígido caparazón pulido, y alineados en un orden cuadrangular, forman con sus lanzas rejas vítreas.

A una orden, arremeten contra la muralla de guerreros que aúllan y luchan vanamente. En el campo, al atardecer, quedan cinco mil muertos, que mirará la luna monocular sin chistar en la noche. Posteriores escaramuzas intentan detener el avance de los invasores. Cien manos en forma de viviente vasija no alcanzarían para recoger tantos suspiros. En la gran ciudad de Tlaxcala entraron los vencedores y detrás dellos saurios relinchantes con sus arneses brillantes. Al frente, el gran farsante barbado, sangriento hasta el hartazgo, padre de cuervos, al que describiré más tarde en el acto de abrir una herida no demasiado honda en el corazón delante del cual se arrodillara y bebiera a sorbos impacientes. Manantial incesante de los indios.

Habiendo entrado les dijo de cómo toda la tierra ante sus ojos pertenecía a vuestras majestades y que todos ellos eran vasallos o lo serían y que los que fueran rebeldes serían castigados. Muchos años después, aunque con más nasales sonidos, oyeron palabras semejantes. Igual que entonces sólo era el principio. Para aplacar (lo mismo da arrojarle a funestas pirañas carne de puerco) la codicia de los semihombres, presurosos corren los enviados de Moctezuma y en su nombre ponen a los pies del conquistador tesoros de plata, oro y piedras preciosas. Reunido todo lo cual, solamente contribuye a aumentar las arcas del más rico de los Grandes de España y, correlativamente, el apetito del blanco. Como la voz de un cañón que hiciera temblar quinientas millas cuadradas en el atolón de Eniwetok, la respuesta trueno en el espacio, golpea en muros lejanos, quiebra las montañas: "puesto que así como iba hasta entonces a su tierra con voluntad de le ver y tener por amigo y tener con él mucha conversación y paz, que agora quería entrar

por su tierra de guerra y haciéndole todo el daño que pudiese como a enemigo". El eco secular repite las palabras. No han caído aún todas las cenizas. Se mueven espiralmente descendiendo quién sabe sobre las cabezas de qué tranquilos navegantes buscadores de perlas. En ruta, dejando atrás las matanzas de Cholula, habiendo aplastado toda resistencia, aprovechando riñas, decide atravesar las murallas naturales que enfrenta. Emprende el melancólico galope bajo el sol reseca de la meseta entre agujoneantes espinillos, evaporándose el agua en espejismos y antes de calmar la lengua. Nada lo detiene. El conquistador avanza con lentitud. Ni siquiera los volcanes, hasta ese día incansables vigías que abrazan con azufre a los enemigos, cuidan hoy las fronteras.

De Tlaxcala a Tabasco, de Tabasco a Cholula y de allí a Tenochtitlán, camino de misterioso sosiego. ¿Qué pasa en Méjico?

¡Méjico!

¡Méjico!

¡Despierta!

Quinientos caciques con sus ropajes más ricos hacen los honores.

Se abren las puertas de un secreto cuarto... Colula, Temis y Malinaltepec, ofrendas del cobarde Moctezuma.

III

La defensa — Cuauthemoc

En torno, semicircularmente, del lado naciente del sol, se elevan las cadenas rugosas de pétreas montañas. Cerros con laderas agrietadas, de rocas porfíricas de las que se prenden arbustos verde-amarillos, cedros centenarios que parecen molinos de viento. Para una observación más perfecta, sería necesario mirar desde más alto. Momentáneamente quietos. O bien, montados a caballo de cóndores andinos, dinámicos, que sobrevolaran puntas immaculadas de picos nevados.

Todo lo cual nos recuerda, aunque con un color inverso, la conformación repetida y angular de la cresta de un gallo clarineando el día que se inicia, domésticamente sublimado en su diario cacarear señorial. El vuelo del pájaro gris, su ojo escudriñando cada recoveco minúsculo a la búsqueda del coyote o del zorro descubre cada detalle, confiriéndole un valor exagerado, tal vez, por un instintivo cariño a sus comarcas, descifrando tonalidades imperceptibles de grises, monótonos para el ojo del hombre vulgar, sediento de oro y azul. Lajas de mica pasan delante de su mirada, cada una con su propia identidad. Luego, modificando por una leve inclinación de sus alas el rumbo inicial, describe un círculo majestuoso y lento.

Su cuerpo casi inmóvil se aleja de un por demás impaciente cazador. Simultáneamente nos da, con seriedad, un magistral ejemplo pedagógico.

Pero, cuando de nuevo comenzaba su diagonal inspiración, de súbito, extiende sus alas hieráticamente, baja casi nada su cola y emprende un vertiginoso descenso que lo conduce relampagueante sobre su enemigo. Ya retraídas sus prolongaciones, con su pico como un dardo, a una brevísima distancia, se detiene por un contradictorio reflejo que sacude todo su cuerpo. Extiende sus garras filosas, se adueña de su alimento, y emprende el vuelo final hasta el punto más alto de las montañas. Allí devora sin dejar rastros del invasor sobre la mesa marmórea del rascacielo. Saciada su furia, mira el paisaje de precipicios verticales, vacíos, que no le dan vértigo a él, rey del espacio, señor de las aves americanas. Su cogote blanco como el armiño se tuerce en todas las dimensiones de su reino. Oyese el graznido de su garganta, valiente respuesta de un eco de montañas articuladas como la espina dorsal de un héroe legendario.

Recuerden dominadores las rebeliones dieciochescas de Durango y Yucatán, tiemblen y rindan homenaje secular a los Infantes de Bajío, Cazadores de Morelia, Dispersos De Acultzingo, Jinetes Mixtecos, Zapoaxtlatas de la Sierra, anónimos defensores citados casi al pasar en una historia para niños libres. Y, para que una sorpresa no les hiele la sangre, miren al cielo escrutando el vuelo del águila.

Del mismo modo comenzó un remanso a agitar las aguas del lago.

Claro está que la codicia de tantas manos en un plato, deseando cada uno lo más, desconfiado con lo menos, dividiría al invasor aún victorioso.

Allí donde la primera huella quemó el pasto para siempre, se escuchó el rumor de nuevos bandidos ávidos. Y he aquí que durante la breve ausencia del capo, cuando fanáticos cantos se elevaron por los mejores del reino, en el gran teocalli, cuando todo anunciaba que oportunas oraciones harían posible el aquietamiento de los dioses, con ambarinos antifaces y metálicas puntas en ristre: ¡Santiago y a ellos! Porque sí se arrojan y matan. Todas las flores descabezadas por una climática exageración que congelara gelatinosas córneas videntes. Comienza a subir sobre la margen de los ríos e:

nivel del líquido pegajoso que inundara por mucho tiempo la tierra. Las olas se encrespan y la sangre, libre ya de sus naturales tajamares, surgiendo de espasmódicos conductos, salpica lívidos rostros barbados.

Se forman cascadas que caen de escala en escala sobre rosas. Escúchase el llanto de madres, hermanas, hijas, trinidades vivas, que oprime gargantas. El llanto y olas de sangre. Lágrimas. Vida muerta. A pesar del desastre.

Mirad

de pronto

allí

muy alto

donde surgiera ayer nomás el volcán

mirad

cómo alza su vuelo el águila

y ahora:

guatámtambúm

guatámtambúm

tambúm tambúm

tambúm tambúm

guatámtambám tambám

tambúmtambúm bambúm bambúm bambúm.

Vuelve a escucharse hoy, en la mitad de un año en cuatro, el tambor de junio de 1520. Corre con velocidad felina. Da un salto de serpiente de una a otra nación clamando coraje. Que no suceda lo que entonces. Como un ciclón cónico que levantara ciudades y aldeas en el aire, huracanado impulso sacude los pueblos. Sombra de polvorines diseminados en las cuatro direcciones. Imaginen el talado de pinos gigantes seccionados en flechas puntiagudas, golpes de herreros forjando metales que escudarán los pechos impacientes. Humeantes señales se levantan de suelos lejanos. De entre la nube inmensa surgida de pipas pensativas, evocaré: a los cientocincuenta mil de Tenochtitlán y, al frente de todos ellos ardiente de lucha, Cuauthémoc surge de entre las nubes como un niño gigante. En un estuario, luminoso guía de navegantes confundidos

por la niebla. ¡Te evoco a ti, Cuauthémoc...! ¡levántate!

Y luego, tras de él, aparecieron todos los caciques de América:
las huestes de Tupac Amarú, el pueblo del príncipe Huáscar del
Perú, Arauco de Chile. Envueltos en los ropajes del cielo azul, del
verde silvestre, con brillantes escudos de oro y lanzas de plata.
Tiemblan los altares y cae al suelo, desde la altura, el monumento
de un dios partido por el rayo,

oscilan los muros

cae la noche

cae la venganza

cae el sol tras las espaldas

caen dardos que atraviesan la luna

caen cuerpos en las calzadas

caen saurios

cae sangre sobre el lago

caen cabezas

cae la espada negra a uno y otro lado

caen flechas

cae piedra

cae el muro

cuerpos ensangrentados

caen cascos, picos

sobre el lago, el agua, la tierra, paredes, altares

caen lágrimas, cae sangre

y cae un blanco para no levantarse más.

Cae la montaña y nace una nueva

Otra vez

afilada, aguzada, desclavada

la espada negra

corta gargantas

desgarra los brazos

mata la espada negra como la rosa negra.

Pero el pájaro

sobrevuela, mira y mata

apasionadamente un blanco más.

IV

Otumba y el dios vengativo

En medio del más espantoso cataclismo obsérvase, a una distancia que ni el pánico cobarde de un acorralado asesino justifica, un cuerpo flaco, harapiento, blanco de fiebre y miedo, de un gamo saltando por encima de todo lo probable, dando una muestra inmejorable del invasor. El salto de Alvaro interrumpió —es cierto que sólo unos segundos— la batalla, y estrepitosas carcajadas resonaron en todos los rincones.

El colmillo del tigre reluce salibento en la oscuridad selvática, lunar. Ansioso de más víctimas, haciendo honor escaso a cortesía, ruge por lo bajo. Así, de nuevo el arma preparada, atraída por una y otra garganta indígena, fue acercándose con sigilo, aprovechando la poca luz, a una vena muy principal. Encontrada en lento homicidio, penetró en ella abriendo labios y, reclinando en una manera vampírica la boca entreabierta, comenzó la succión de sangre. Huyendo por la herida hacia el autor de muerte.

El día y el sol volvieron. Empezó el festín de los cuervos. Algunos siguieron a los invasores prófugos. Los más relajaron sus chirridos sobre el campo de Otumba.

Retrocede el agua hacia el mar dejando momentáneamente libre la playa. La serpiente, lanzado el primer ataque sin causar un daño fundamental, echa su cuerpo bien pegado a la tierra, lo tuerce, caracolea; tiende la cabeza mordiente hacia atrás y da el zarpazo.

Esta vez no yerra.

Tepeaca, Guasicungo, Churultecal,
corre la sangre en Guacachula.
Siete mil aztecas caen sobre las flores de Iztalpalapán.
Tizapán, Mexicalcingo, Mancapán
Xilotepec, Yantepec y Cuernavaca
la sangre que corrió en Cholula.

Fue tanta la matanza dellos a manos nuestras y dellos despeñados desde lo alto que todos los que allí se hallaron afirman que un río pequeño que cercaba casi aquel pueblo fue teñido en sangre y les estorbó de beber por entonces porque como hacía mucho calor, tenían necesidad dello.

En Xochimilco fue el comienzo del final después de la matanza de 6.000 aztecas.

¿Oís?
cómo crepita el fuego
el viejo grito de cuervos feéricos aprovechando la muerte.

Y se perdió el baluarte de Xochimilco.
¿Los ves...?
arrojarse sobre Méjico con saña.

Ululando con mayor crueldad una escena de caza donde caballeros elegantes vestidos de rojo entre bosques verdes saltan a caballo sobre un río angosto, y sueltan al son de trompas los perros blancos a manchas negras con sus lenguas jadeantes, que acosan desde entonces un lánguido jabalí respaldado contra el tronco. Rodeado por todas partes de fauces rojas, sigue luchando hasta dar su vida.cae por fin la última gota.

En los meses del cerco, cien mil de aquel cerco, cien mil cerraron sus ojos de indios. El agua cristalina se evaporó. La tierra se ennegreció de coágulos. Y fue la muerte en el imperio azteca.

V. Epílogo — La resurrección

Ahora se vuelca la noche sobre el valle de Tenochtitlán. Cubriendo con sus alas gigantescas toda la luz solar, el águila caída protege a su pueblo. Trata, aun muerta, de evitarle dolores. Desde entonces hasta que el nombre Hidalgo de un mestizo resonó otra vez en la selva, indios esclavos labraban la tierra para los murciélagos.

En medio de esa oscuridad, un día vieron desde sus chozas, después de la cosecha de magüey, subir un resplandor en el mercado del Tlatelolco, que enrojeció el cielo. Allí, entre humos grisáceos, la crueldad Zumarrágica hizo cenizas toda la gloriosa historia. Ni el recuerdo quedaría del pasado de oro de los nativos, cuando doscientos años después, un italiano con botas quisiera reconstruir los jeroglíficos encontrados aquí y allá en los puntos más diversos del mundo. Eso sí, a la luz de fuegos artificiales, nocturnos, centellearían ojos vengativos en los rincones del continente, viendo o imaginando la resurrección.

Ese día llegará tarde o temprano y entonces ¡ay de los reptiles ponzoñosos y mamíferos nocturnos! No alcanzarán la distancia ni el tiempo para desviar la venganza. ¡Ay de las voces gangosas que pretenden repetir la hazaña de los conquistadores, el día en que reabriendo sus ojos perspicaces, su pico voraz, comience a temblar el corazón con nueva sangre del águila!

Desplegando con fuerza sus alas de plumas preciosas, se eleva en

los aires y, con las garras afiladas, situada de nuevo en la cumbre andina, el ave se detiene, con elegancia y tiempo, a mirar el suelo y sus enemigos.

Ese día, colgarán de árboles iscarotes las fieras que aspiran a beberse la vida de los pueblos. Los funestos presagios se cumplieron. Los bloques piramidales yacen quebrados sobre el suelo. El cuerpo del águila caído, chamuscado, con sus alas extendidas en cruz como en sus majestuosos vuelos de otrora. Dioses ingratos y malditos. Las lágrimas riegan el suelo rojo.

La herencia de Moctezuma se mezcla en chorros sucesivos, malolientes, con Gallejo y Toan Cano, Andrada, Condes de Miravalle y Cano Moctezuma. Creado el nuevo origen de males incontables, entra en los Guzmán, los Mendoza, los Sotelo, Condes de Moctezuma, sangre de buhos, el último moribundo, su cerebro hecho trizas sobre la almohada de encajes en una vieja casona de Nueva Orleans. El cielo se oscurece. Relámpagos caen sobre la sierra. En el camino, una larguísima procesión de hombres encapuchados de ocre, con antorchas en alto, son los guías de la noche prematura. Luego, novecientos fantasmales sacerdotes. Cerrando la marcha, dos ataúdes cubiertos con terciopelo negro y escudos de oro, virrey, corregidores y obispos de una ceremonia colmada de vampiros incansables soterrando a su jefe.

Todavía resplandecen en el horizonte las llamas flageladoras del Tlatelolco.

Quizá, ante el fuego, si las buscas con insistencia, encontrarás estas páginas arrepentidas.

Pero veo de las cenizas, como en la leyenda, surgir aves alegres, pequeñas y grandes, pájaros que se elevan hacia el cielo describiendo una espiral con todos los colores de la selva y el mar. Reverdecen las hojas de los árboles, se limpian las aguas de su sonrojo antiguo y se azulan con el azul del cielo que refleja el sol de la vida.

El loro calló.